

CONGRESO DIOCESANO DE LAICOS

Valencia, 27 y 28 de noviembre de 2021

Caminando juntos *Hacia un renovado* *Pentecostés*



Documento de Reflexión

Catequesis

Familia

Educación

Caridad

© **Arzobispado de Valencia 2021**

Edita: **Arzobispado de Valencia**

<https://congresodiocesanodelaicos.org>

Diseño y producción gráfica: **EXPRESIÓN GRÁFICA, S.L.**

e-mail: expresiongrafica91@gmail.com

SUMARIO



Saludo del señor Arzobispo 3



**“Caminando juntos”.
Hacia un renovado Pentecostés 5**



Claves para trabajar el DdR 9



Catequesis 11



La Familia Cristiana 23



Educación 29



Caridad 41



Autores del DdR 49



Comisión Coordinadora del Congreso 50



Oración del Congreso 51



El domingo de Pentecostés concluimos el Sínodo Diocesano con la asamblea final, en la que habéis participado los fieles cristianos laicos, en él se han aprobado unas propuestas de acción que habrán de ser ratificadas por el Arzobispo. En el corazón del Sínodo, en todo él, hay una clave y una urgencia fundamental, que también tenéis vosotros presente en la mente y el corazón que es EVANGELIZAR. Evangelizar con nuevo vigor, nueva fuerza, nueva esperanza, nuevas energías y ánimo renovado que provienen del impulso dado por el Espíritu Santo. Con este mismo impulso y como fruto de su obra los fieles cristianos laicos con prisa y urgencia os disponéis ahora, en seguida, a emprender un nuevo camino hacia un renovado Pentecostés, caminando juntos por las vías de una nueva evangelización convocando un Congreso Diocesano de Laicos. Los fieles cristianos laicos vais a ser los primeros en aplicar el Sínodo Diocesano, porque sois muy conscientes de que nos urge evangelizar de nuevo como en los primeros tiempos, y, además, mantenéis en vuestro recuerdo el Congreso Nacional de apostolado seglar, “Pueblo de Dios en salida”, que apremia el llevar a feliz puerto sus conclusiones aquí en nuestra querida Diócesis de Valencia.

Aquel Congreso Nacional, tan presente en la mente y corazón de todos vosotros, queridos fieles cristianos laicos, fue un acontecimiento muy importante, llamado a ser un momento que marca un antes y un después en la Iglesia española. Se hablaba en el recinto del Pabellón de Cristal de la Casa de Campo madrileña, donde se celebró el Congreso Nacional, de un nuevo Pentecostés, porque así había resultado ser: un nuevo Pentecostés, que nos hacía “salir” al pueblo de Dios donde estén los hombres a anunciar el Evangelio, a Jesucristo, y dar testimonio de Él, a ser misioneros en medio del mundo y ante las gentes, a hacer discípulos de Jesucristo. Allí, por el ambiente de fe y de alegría que se respiraba, por el gozo que se sentía en el encuentro, por el espíritu de fraternidad, por el aliento y la esperanza que se palpaba, por el sentido y ambiente eclesial, nada clerical, que allí se apreciaba, particularmente, en la Eucaristía, que suscita y hace la Iglesia y al finalizarla, podríamos afirmar, sin ninguna duda, que estaba actuando el Espíritu Santo, porque todo ello estaba siendo y manifestando signos de ese Espíritu Santo que suscita la fe, el amor, la alegría, la comunión y la unidad de la Iglesia que es comunión. Una asamblea eclesial de más de dos mil laicos invitados, abierta al mundo, no encerrada en sus propios muros, dispuesta a salir donde están los hombres, y compartir con todos, y libre para proclamarles sin trabas que Jesús es el Señor de todos y para todos hasta el punto de dar la vida por todos y a todos, que quiere a todos sin medida, con amor preferencial a los últimos, a los pobres, a los pecadores, a los débiles, sin exclusión de nadie. Fieles cristianos laicos, representando a tantos y tantos lai-



cos, muchos miles, que escuchaban, escuchan y han escuchado la llamada de Dios, procedentes de asociaciones, movimientos y parroquias, de los diversos pueblos de España, de ciudades grandes y pequeñas, dispuestos a acoger lo que Dios quiere y a compartir con los hombres, sus hermanos, los gozos y las esperanzas, los dolores y las tristezas, las búsquedas y los anhelos comunes a todos que en Dios hallan su eco más propio; y lo que Dios quiere es que todos los hombre se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad, que su amor sin límite llegue y alcance a todos. Y este es el verdadero conocimiento: que conozcan la verdad de Dios, de la que es inseparable la verdad del hombre, y la grandeza de su vocación, y alcancen la vida eterna. Ahí está la vida eterna nos dice el mismo Jesús: “que conozcan a Dios Padre y a su enviado, su Hijo, Jesucristo”.

Desde todas las partes, hoy se escucha un poderoso llamamiento, un clamor, a la evangelización. En manos de los fieles cristianos laicos, está muy principalmente la obra de la evangelización. Por vuestra vocación específica, que os coloca en el corazón del mundo y al frente de las más diversas tareas temporales, sois particularmente llamados a llevar a cabo la renovación de nuestro mundo, de la humanidad: que en eso consiste evangelizar. Por eso es la hora de vosotros los laicos, la hora de la esperanza que no defrauda, la hora de Dios, –Dios es la esperanza–, esperanza de vida, esperanza de eternidad, de salvación, esperanza en el Amor.

“Caminando juntos hacia un renovado Pentecostés”, emprendéis el **Congreso Diocesano de Laicos**, en el que a través de la metodología que señalan los responsables del Congreso y en diversas áreas que se refieren a los campos concretos en los que os encontráis como fieles cristianos laicos, vais a ofrecer frutos abundantes e importantes ayudas a la Iglesia diocesana dispuesta a aplicar las proposiciones aprobadas por el Sínodo Diocesano y que vuestro Arzobispo hace suyas para edificar la Iglesia del futuro en la diócesis de Valencia, sobre la piedra angular de Jesucristo y la roca firme de la fe que se expresa por la caridad y camina en la esperanza sólida que nos salva. Que la Virgen María, Madre de Dios, Madre de la Iglesia y Madre nuestra, Madre de los Desamparados os guíe, acompañe y proteja en este Congreso, sin olvidar en ningún momento tres cosas: Lo que dijo a los criados de las bodas de Caná: “Haced lo que él, Jesús, os diga”, “Ahí tienes a tu Madre”, “y el discípulo querido la acogió en su casa”. “Una mujer entre el gentío dijo, refiriéndose a Jesús: “Bendito el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron”; y Jesús repuso; “mejor, dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen”. Sí, con este estilo de María hemos de celebrar el Congreso Diocesano de Laicos. Que no falte la oración, la adoración, la contemplación de las grandes maravillas que Dios misericordioso hace y que nunca dejemos de alabar y confiar en Dios, como María, Madre de la Iglesia y Madre nuestra.

Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia



«Caminando juntos. Hacia un renovado Pentecostés»

CONGRESO DIOCESANO DE LAICOS Valencia

«Es la hora de ustedes, de hombres y mujeres comprometidos con el mundo (...) que con su modo de vivir sean capaces de llevar la novedad y la alegría del Evangelio allá donde estén. Los animo a que vivan su propia vocación inmersos en el mundo, escuchando, con Dios y con la Iglesia, los latidos de sus contemporáneos, del pueblo (...). Por lo tanto, no tengan miedo de patear las calles, de entrar en cada rincón de la sociedad, de llegar hasta los límites de la ciudad, de tocar las heridas de nuestra gente... esta es la Iglesia de Dios, que se arremanga para salir al encuentro del otro, sin juzgarlo, sin condenarlo, sino tendiéndole la mano, para sostenerlo, animarlo o, simplemente, para acompañarlo en su vida. Que el mandato del Señor resuene siempre en ustedes: “Vayan y prediquen el Evangelio” (cf Mt 28, 19)»

El Papa Francisco dirigió estas palabras a los participantes en el Congreso de Laicos celebrado en Madrid en el mes de febrero de 2020. Los que pudimos participar en aquel gran acontecimiento vivimos una feliz experiencia de comunión y un renovado impulso para nuestra misión en la Iglesia y en el mundo.

El poscongreso abría una nueva etapa que tiene como objetivo favorecer la acogida de los contenidos del Congreso de Laicos en nuestras realidades diocesanas, en los movimientos y asociaciones; y con esta finalidad proponía un tiempo para concretar iniciativas que hagan ver nuestra voluntad de ser «Pueblo de Dios en salida», haciendo realidad un renovado Pentecostés en nuestra Iglesia.

Con el paso del tiempo y las dificultades propias que hemos vivido en los últimos meses continuamos trabajando, mantuvimos



viva aquella gran experiencia y el compromiso de discernir el modo de incorporarla en nuestra realidad para ir cambiando actitudes que hemos de superar y potenciando aquellas que hemos de promover, planteando procesos concretos que nos lleven al ideal que valoramos necesario en cada ámbito e impulsando proyectos que nos ayuden a vivirlo.

Esta tarea inicial la asumió el Consejo Diocesano de Laicos. La reflexión, el diálogo, el análisis de la realidad, además de conocer el entusiasmo evangelizador del Sr. Arzobispo, Don Antonio Cañizares, iluminó esta propuesta: la celebración de un **Congreso Diocesano de Laicos**. Queremos abrir caminos que ayuden a acompañar y animar la misión de los laicos en nuestra Diócesis de Valencia. El Congreso celebrado en Madrid fue un punto de partida para incardinar, en nuestra Diócesis aspectos relevantes y propios que se deben atender, reflexionar y, en definitiva, discernir. Desde aquel marco, verdaderamente ambicioso, queremos aterrizar en nuestra realidad. Para ello dispondremos de todo el trabajo que el Sínodo Diocesano nos va a ofrecer y que nos dará luz en nuestra misión.

«En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 29, 19), Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptor de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización (...) Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos “discípulos” y “misioneros”, sino que somos siempre “discípulos misioneros”» (EG, 120).

Con esta convicción estamos trabajando en la preparación del Congreso Diocesano a celebrar a finales de noviembre de este año 2021. Está siendo una tarea densa y compleja a la vez que apasionante. Es verdad que nos enfrentamos a un gran reto, pero lo hacemos convencidos de que es necesario y que en este camino os



necesitamos a todos. Afortunadamente en la Iglesia que camina en Valencia hay muchas personas comprometidas en la misión evangelizadora, en la siembra de la “alegría del evangelio”, por eso, caminando juntos, se hace mucho más llevadera la carga y mucho más motivadora la meta que pretendemos alcanzar.

Este «documento de reflexión» es una de las tareas previas y necesarias para preparar el Congreso y ocasión propicia para escucharos y poder contar con vuestras aportaciones. Os pedimos este pequeño esfuerzo: orar, reflexionar, discernir y responder a las preguntas que se formulan. Sugerimos unas orientaciones prácticas para realizar el trabajo que corresponda a los agentes de pastoral en cada una de las áreas propuestas: familia, catequesis, enseñanza y caridad.

Ante este compromiso personal y diocesano no olvidemos esto: *«Ser Iglesia es ser Pueblo de Dios, de acuerdo con el gran proyecto del amor del Padre. Esto implica ser el fermento de Dios en medio de la humanidad. Quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios en este mundo nuestro, que a menudo se pierde, necesitado de tener respuestas que alienten, que den esperanza, que den nuevo vigor en el camino. La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio.»* (EG, 114)

Inma Ros y Guillermo Prado

Coordinadores del Congreso

Arturo Ros

Obispo Auxiliar

CLAVES PARA TRABAJAR EL DdR

Los destinatarios de este Documento de Reflexión (DdR) son muchos y diversos, pues va dirigido a cuantos laicos pertenecen y trabajan en las diferentes áreas de Catequesis, Familia, Educación y Caridad, y, aunque es un documento totalmente abierto para conocimiento de todos, interesa especialmente, tu aportación en base a una reflexión y debate en el grupo del área a la que perteneces y en la que colaboras.

Por ello, pretendemos que las diferentes cuestiones que al final de cada área se proponen se trabajen en grupo, en comunidad. Estas preguntas no son excluyentes, son sugerencias que pueden sustituirse por otras que interesen o preocupen más. Lo realmente importante es reflexionar y aportar, tras un discernimiento comunitario, las conclusiones obtenidas. Al final de este DdR, se incluye una oración, que será la Oración del Congreso, y que os invitamos a que sea rezada en vuestra reunión de reflexión y trabajo.

Los tiempos que hemos marcado nos deben permitir disponer de vuestras imprescindibles aportaciones como máximo hasta el 30 de Junio. Os rogamos sean dirigidas a la dirección de correo electrónico que a tal efecto hemos abierto:

congresodiocesanolaicos@archivalencia.es

<https://congresodiocesanodelaicos.org>

Una comisión, designada y compuesta por laicos del Consejo Diocesano y de la Delegación Diocesana, se encargará de su recopilación y síntesis, y su aportación será valiosísima para los ponentes de las diferentes Áreas que disfrutaremos en el Congreso Diocesano de Laicos, que celebraremos en el mes de Noviembre, los días 27 y 28.

Ambicionamos que todo este trabajo pre-congresual permita un acercamiento mayor y, sobre todo, auténtico y vivencial, de la reali-



dad del laicado de nuestra Diócesis de Valencia, hoy, en este momento preciso y actual. Somos conscientes del gran reto que nos hemos propuesto y por eso te pedimos tu implicación. Sólo queremos ser altavoces del pueblo fiel para que la voz del laico se haga oír, sin estridencias, con sencillez y humildad, pero nítida y clara.

Desde este mismo momento os trasladamos nuestra más sincera gratitud, y, no lo olvidemos, estamos: “Caminando juntos”.

Inma Ros y Guillermo Prado

Coordinadores del Congreso Diocesano de Laicos



CATEQUESIS

NUEVOS TIEMPOS, NUEVA CATEQUESIS, NUEVOS CATEQUISTAS

Introducción

1. NO HAY CATEQUESIS SIN CATEQUISTAS. En la transmisión de la fe el testimonio personal es un elemento clave, de ahí el valor del servicio evangelizador que cumplen los catequistas. En esta línea, queremos presentar qué catequesis tiene que desarrollarse y qué catequistas se necesitan para ello. **Cuando hablamos del catequista entendemos que es un laico que desempeña una misión eclesial en y desde su vínculo en la vida familiar y social que le es propio.**

2. En marzo de 2020 se publicó un nuevo «Directorio para la Catequesis» que junto con el Documento de la Provincia Eclesiástica Valentina «La Iniciación Cristiana» (2019); «Evangelii Gaudium» (2013); Las Orientaciones para la evangelización, catequesis y catecumenado en tiempos de pandemia (Secretariado de la Comisión Episcopal para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado 2021); y con las Propuestas del Sínodo Diocesano, ponen de manifiesto la urgente necesidad de elaborar un proyecto global de Iniciación en la Vida Cristiana, que oriente y promueva la acción catequética que tenga en el Catecumenado bautismal su inspiración espiritual y pedagógica. Nuevas orientaciones que permitan que la Catequesis pueda afrontar los nuevos desafíos con los que se encuentra nuestra Diócesis de Valencia en estos momentos

3. La renovación catequética, que desde hace tiempo reclaman los pastores y catequistas, a fin de superar el modelo tradicional de catequesis, propio de otra situación cultural y eclesial, señala la necesidad de una catequesis que sea capaz de afrontar la nueva situación socioreligiosa que estamos viviendo, ya que *«quienes hoy piden o ya han recibido la gracia de los sacramentos a menudo no tienen una experiencia personal de la fe o no conocen íntimamente su*



fuerza y su ardor»¹. Desde esta realidad, el Nuevo Directorio apuesta por una catequesis del primer anuncio de la fe centrada en kerigmática apostólico... «La catequesis –que no siempre se puede distinguir del primer anuncio– está llamada a ser ante todo el anuncio de la fe y no debe delegar en las demás acciones eclesiales la tarea de ayudar a descubrir la belleza del Evangelio. Es fundamental que sea, precisamente a través de la catequesis, que cada persona descubra que vale la pena creer. De este modo ya no se reduce a ser un momento de crecimiento de la fe más armonioso, sino que ayuda a regenerar la propia fe y permite descubrir su grandeza y su credibilidad»².

Hacia una Catequesis Kerigmática

4. Este cambio de paradigma pone de manifiesto la necesidad de una catequesis de inspiración catecumenal, que *«no significa que la catequesis deba reproducir al pie de la letra el catecumenado, sino asumir su estilo y su dinamismo formativo... porque el catecumenado tiene un connatural tono misionero, que en la catequesis se ha ido debilitando con el tiempo»³*. Por ello, es muy importante conocer y seguir el esquema del RICA (Ritual para la Iniciación Cristiana de Adultos), adaptado a la realidad de la propia catequesis, para que la catequesis esté en función de un encuentro personal y vivo con Jesucristo y su incorporación a la comunidad cristiana, y no únicamente en la recepción, y posterior abandono, del sacramento en sí.

5. Nuestra experiencia catequética a lo largo de los años en nuestra Diócesis, puede ayudarnos a descubrir que nos encontramos ante una época *«en la que la catequesis se convierte en portadora de instancias capaces de generar caminos de acercamiento a la fe cada vez menos estandarizados y atentos a la singularidad de cada uno»⁴*. «La catequesis necesita ser acompañada por los adultos, y estos, pueden transmitir la fe fomentando experiencias, ya que solo una catequesis que vaya de la información religiosa al acompañamiento y

¹ Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, «DIRECTORIO PARA LA CATEQUESIS»; EDICE, Madrid 2020, nº 56. (DPC)

² DPC, 57

³ DPC, 64

⁴ *Ibidem*, 370



a la experiencia de Dios podrá ofrecer un sentido para una vida más plena»⁵. Urge dejar de lado el modelo escolar de la catequesis que nos ha acompañado hasta ahora, y que no responde a las actuales necesidades espirituales y culturales.

6. La catequesis inicia en todas las dimensiones de la vida cristiana y debe incorporar a ella los diferentes ambientes de vida. La catequesis deberá asumir un proceso de inculturación que lleve a unir la fe y la vida, para estar a la altura de la distintas realidades personales y sociales. De este modo, el proceso catequético, que se inspira en el catecumenado bautismal, podrá ofrece los elementos consustanciales a la transmisión de la fe, para que en cada ambiente, puedan fructificar en una renovación personal y comunitaria, cuyo fruto consiste en ser una Iglesia evangelizada y evangelizadora. Si no actuamos así, corremos el riesgo de llevar a cabo una catequesis desconectada de la realidad en que viven sus catecúmenos. Al respecto, la nueva era digital, implica el uso de las nuevas tecnologías en la catequesis; para ello, debemos estar preparados y conocer su auténtica utilidad catequética, o de lo contrario «la acción catequética se debilitará y no será influyente»⁶, ya que las nuevas tecnologías si bien no pueden sustituir la dinámica dialogal del proceso de la Iniciación Cristiana, si pueden ayudar a promover nuevos conocimientos e intercambios.

7. «*La catequesis está íntimamente unida a toda la Iglesia*»⁷, por ello, la catequesis se inserta dentro de la vida de la comunidad cristiana. Sin comunidad no hay catequesis: la catequesis es de la comunidad y hace la comunidad. No es posible que la tarea evangelizadora de la Iglesia se haga al margen de la dimensión comunitaria, en sus distintas manifestaciones parroquiales, movimientos, comunidades. La mayoría de las personas que se acercan a la Iglesia (Parroquia) a pedir los sacramentos, no se sienten formando parte de ella, y por tanto, viven al margen de ella. En realidad, acuden para lo que les interesa, lo cual es un desafío para la evangelización. Así dicen los sacramentos de la Iniciación Cristiana, pero les cuesta ver

⁵ cf. DPC, 371

⁶ *ibidem*, 371

⁷ Juan Pablo II; «CATECHESI TRADENDAE»; editorial San Pablo, Madrid 1995 (CT); nº 13



los vínculos comunitarios que la fe y los sacramentos siempre generan. Nos encontramos ante un desafío para la renovación pastoral de la parroquia y su estilo evangelizador. Por ello, la celebración de las fiestas de la fe y las vinculadas a la piedad popular constituyen una posibilidad evangelizadora que será necesario desarrollar.

8. Todo ello, nos lleva a pensar en la necesidad de una renovación de la catequesis⁸, que va unida a la renovación de la comunidad cristiana, parroquia y comunidades, donde cada uno de los que forman parte de ella, puedan «renovar, ahora, su encuentro personal con Jesucristo»⁹. Sin una renovación personal es muy difícil llevar a cabo una renovación de la comunidad cristiana. Hoy, la renovación de las comunidades implica *«una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación»*¹⁰. Todo esto puede y debe aplicarse, también, a la renovación de la catequesis. Una renovación que sea kerigmática y misionera, que colocando en el centro el Primer Anuncio, pueda ser el motor de esta renovación de la comunidad cristiana como de la catequesis, y sobre todo, de su Iniciación en la vida Cristiana.

9. Una catequesis que anuncie a Cristo y suscite la conversión en quienes inician el proceso de iniciación en la vida cristiana. Un proceso (itinerario), que está marcado por los *«elementos básicos del catecumenado que, tras el necesario discernimiento, deben ser comprendidos, valorados y actualizados»*¹¹. La finalidad, pues, de la catequesis, está *«en poner a uno no solo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo»*¹². *«La comunión con Cristo es el centro de la vida cristiana y, por consiguiente, el centro de la acción catequística»*¹³. *«La catequesis hace madurar la conversión inicial y ayuda los cristianos a dar pleno sentido a sus vidas»*¹⁴.

⁸ cf. CT, 17

⁹ Francico PP; «EVANGELII GAUDIUM»; suplemento del Boletín Oficial del Arzobispado, Valencia 2013, nº 3 (EG)

¹⁰ *ibidem*, 27

¹¹ DPC, 64

¹² CT, 5

¹³ DPC, 75

¹⁴ *ibidem*, 77



10. Si la comunidad es el lugar y meta de la catequesis, la Eucaristía es el centro de toda su vida y *«la liturgia es el lugar privilegiado de la catequesis del Pueblo de Dios»*¹⁵. Sin la Eucaristía y la vida litúrgica, la catequesis carece de valor y no lleva a ninguna parte. Una catequesis que no toma en serio la exigencia de participar en la asamblea dominical y en su variedad de celebraciones está condenada al fracaso. El domingo es el día de la comunidad, donde, como los primeros cristianos, se reúnen para escuchar la Palabra (Evangelio), compartir los sacramentos y ayudar a los que lo necesitan. Quien desea comenzar un proceso de Iniciación en la vida Cristiana, debe ser consciente que, de manera gradual, ha de ir incorporándose a la comunidad y a la vivencia del domingo como centro del proceso catecumenal, es decir, a la liturgia, ya que *«la liturgia y la catequesis son inseparables y se alimentan mutuamente»*¹⁶. A ello debemos añadir, que la catequesis necesita estar centrada en el Año Litúrgico, sus fiestas, tradiciones y religiosidad popular, más que en el año escolar.

11. Toda esta necesaria renovación de la catequesis exige de la familia un compromiso real de acompañamiento de los hijos. La familia debe comprender que es toda ella la que comienza dicho proceso, y que no debería ser interrumpido hasta ser completado. No es posible apuntar a los hijos a la catequesis, y no sentirse involucrados en el proceso, como que no va con ellos. La familia es esencial en el camino de fe. Los padres son los primeros catequistas de sus hijos, y en estos momentos, debido a la pandemia, la catequesis tiene que realizarse en casa, lo que supone, por parte de la familia, la voluntad de acompañar a los hijos en este proceso de crecimiento y madurez en la fe. La familia debe sentirse, en todo momento acompañada, por la comunidad cristiana y sus catequistas. La relación entre ambos debe ser estrecha y fluida. Y esto se ha puesto de manifiesto debido a la pandemia que estamos y al confinamiento en casa.

¹⁵ *ibidem*, 96

¹⁶ DPC, 96



Catequistas: testigos y misioneros

12. Toda esta renovación de la catequesis exige capacitar catequistas dispuestos a reorientar su «ser» catequista, es decir, su vocación y misión. Los nuevos tiempos de la catequesis reclaman nuevos catequistas, que sin perder sus rasgos de identidad, necesitan una formación permanente que les ayude a ser catequistas en salida y evangelizadores con Espíritu¹⁷. No se trata de una formación que se pueda reducir a un charla o una conferencia muy bien planteada, ya que *«la acción formativa actúa a modo de transformación de la persona que interioriza existencialmente el mensaje evangélico, para que este se convierta en luz y en orientación de su vida y de su misión eclesial. Se trata de un proceso que al tener lugar en lo más íntimo del catequista, incide profundamente en su libertad y no puede reducirse únicamente a la instrucción, a la exhortación moral o a la actualización de técnicas pastorales»*¹⁸.

13. Ante esta nueva situación, debemos tener muy claro, que *«toda la comunidad cristiana es responsable del ministerio de la catequesis, pero cada uno según su condición particular en la Iglesia: ministros ordenados, personas consagradas, fieles laicos»*¹⁹. Una clara y contundente formación, en cada uno de sus ministerios, hará posible que una renovación de la catequesis lleve a una renovación de los catequistas.

14. De entre ellos, los laicos, *«a través de su inserción en el mundo, prestan un servicio muy valioso a la evangelización. Su vocación al ministerio de la catequesis brota del sacramento del bautismo y se fortalece en la confirmación, sacramentos por los que el laico participa en el oficio sacerdotal, profético y real de Cristo. Además de participar de la vocación común al apostolado, algunos fieles se sienten llamados por Dios a asumir la misión de catequistas en la comunidad cristiana, al servicio de una catequesis más orgánica y estructurada»*²⁰. Y capacita al Catequista para el servicio de la trans-

¹⁷ cf. EG, 259-286

¹⁸ DPC, 131

¹⁹ *ibidem*, 111

²⁰ *ibidem*, 121-122



misión de la fe y para la tarea de iniciar en la vida cristiana. Es un acompañante que se implica en el proceso catecumenal del acompañado, lo cual deja muy claro, que su testimonio de vida es fundamental. Todo catequista que no se implique con su propia vida y su proceso de conversión en inserción en la comunidad cristiana, se queda en una mera enseñanza que no cambia nada.

15. El catequista debe tener claro que su misión es una vocación, es responder a la llamada del Señor para acompañar a niños, jóvenes y adultos a amar más al Señor. Ser catequista, pues, no es un trabajo, no consiste en tener única y exclusivamente cursos y cursillos sobre la catequesis y ser catequista. «Si un catequista no vive su tarea como una auténtica vocación, de elección de Dios, no será fecundo o fecunda, no cambiará nada, no inspirará nada», nos dice el Papa Francisco en su discurso a los participantes al Congreso Internacional de Catequistas en Roma del año 2013. Ser Catequista significa saberse llamado por Dios para este servicio; ejercerlo conforme al modelo de Jesús Maestro; movido por el Espíritu Santo lleva adelante su tarea con una espiritualidad peculiar. Desde su vinculación a la Iglesia realiza un acto eclesial, que es al mismo tiempo, un servicio a los hombres, lo que le hace estar abierto a sus gozos y sus sombras²¹.

16. *«En virtud de la fe y la unción bautismal, el catequista es: testigo de la fe y custodio de la memoria de Dios; maestro y mistagogo que introduce en el misterio de Dios, revelado en la Pascua de Cristo; acompañante y educador de quienes le han sido confiados por la Iglesia»*²². El catequista es, también, un experto en el arte del acompañamiento²³. Y un testigo singular de su experiencia de Dios, de su gracia, que ha obrado maravillas en él.

17. Ahora bien, a la hora de anunciar el Evangelio, es importante que el catequista sea capaz de *«expresar el amor salvífico de Dios, previo a la obligación moral y religiosa. El Catequista debe ejercer su tarea ayudando a descubrir a los catecúmenos que cada per-*

²¹ Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, «El CATEQUISTA Y SU FORMACIÓN», EDICE, Madrid 1985; nn. 47-81 (FC)

²² DPC, 113

²³ cf. EG, 169-173



sona, sea niño, joven o adulto, es amada por Dios. No debe imponer la verdad; debe apelar a la libertad. Que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa que no reduzca su mensaje a unas pocas doctrinas, a veces, **más filosóficas que evangélicas**. Esto exige del Catequista evangelizador ciertas actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena»²⁴. «El catequista debe tener muy claro que no hay verdadera catequesis sin el testimonio de hombres y mujeres de carne y hueso. Los primeros protagonistas de la catequesis son los catequistas, ya que es el que custodia y alimenta la memoria de Dios y sabe despertarla en los demás» explica el Papa Francisco en su discurso a la reunión de la Oficina Catequética de la Conferencia Episcopal Italiana.

18. Por otra parte, el catequista debe ser un artífice del lenguaje, ya que para él, **el lenguaje y la forma de transmitirlo, es fundamental** para la acogida del anuncio del Evangelio por parte de los catecúmenos. Es importante que el catequista aprenda a hablar en un lenguaje que se haga entender. «*La fe se transmite en dialecto*», con estas palabras, el Papa no se refiere al dialecto lingüístico, sino al dialecto de la cercanía, de la intimidad con palabras que salen del corazón, de la experiencia viva con Jesucristo en el camino de la vida, afirma en el mismo discurso al Ufficio Catechetico della CEI. Hay que hablar a cada uno según la capacidad de poder entender las cosas de Dios. Transmitir la fe desde la fe que cada uno vive y que se deja entender por quienes le escuchan. El Catequista es un testigo vivo de lo que Dios ha obrado en él, y por tanto, con palabras y obras, debe transmitir su experiencia de Dios, para que otros puedan llegar a creer lo que el cree.

19. Ante la necesidad, pues, de una renovación de la catequesis actual, se impone una renovación urgente de aquellos que deben estar al frente de ella, y por tanto, requiere un plan de formación de catequistas que haga frente a los nuevos retos y desafíos que la actual coyuntura sociocultural y religiosa nos está poniendo delante. Esta formación debe capacitar al catequista en su «**ser**», su «**saber estar con**»: madurez humana y conciencia cristiana. «**Saber**», a tra-

²⁴ *ibidem*, 165



vés de una formación bíblico-teológica, conocimiento del ser humano y del contexto social. Y «**saber hacer**», fundamentado en una formación pedagógica y metodológica²⁵. La catequesis no puede dejarse a la improvisación del momento, y el catequista es responsable de una auténtica y verdadera catequesis, capaz de iniciar a cada persona en la vida cristiana y llegar a buen puerto.

Conclusión

20. A modo de conclusión, podemos decir que, los nuevos tiempos nos llevan, necesariamente, a una renovación catequética con un marcado acento misionero y catecumenal. Urge poner en marcha una catequesis kerigmática de inspiración catecumenal, tanto para quienes todavía no han recibido el bautismo como para aquellos que, habiéndolo recibido, no han sido despertados a la fe, y por tanto, no se han encontrado con Jesucristo, no ha habido un proceso de conversión. Necesitamos una reiniciación en la vida cristiana, para que todos, pero especialmente los catequistas lleven adelante el verdadero anuncio de la fe.

21. La catequesis puede ser el motor que impulse la tan deseada renovación parroquial, y convertir nuestras comunidades en comunidades vivas, ilusionantes, capaces de abrir nuevos caminos de evangelización, saliendo a las periferias, en busca del otro, del que está necesitado de Dios, y tal vez, lo esté buscando sin saber que lo está buscando. Ha llegado la hora de que *«la catequesis y el anuncio de las fe no pueden dejar de poner en el centro esta dimensión comunitaria»*, dice el papa Francisco en su discurso a los participantes en la reunión organizada por la Oficina Nacional de Catequesis de la Conferencia Episcopal Italiana. De esta manera, se recupera la fuerza del domingo y su Evangelio, y como eje central la Eucaristía, el encuentro con la Palabra, el Sacramento y la caridad. Ya que *«la Eucaristía es fuente y culmen de toda la vida cristiana»*²⁶, y sin ella la catequesis no tiene sentido ni lleva a ninguna parte.

²⁵ cf. DPC, 139-170

²⁶ CONCILIO VATICANO II, Constitución Apostólica Lumen Gentium, n° 11



22. Necesitamos, pues, catequistas renovados, llenos de ilusión, coraje, audacia y creatividad, capaces de dejar atrás un modelo de hacer catequesis que se ha quedado obsoleto. Catequistas de la comunidad y para la comunidad, ya que se sienten parte de ella y enviados para una misión. Catequistas que tienen muy claro que hay que superar ya el «*siempre se ha hecho así*» (EG 33), y no tener miedo a nuevos retos y desafíos. Catequistas abiertos y comprometidos en una nueva forma de hacer catequesis e Iglesia, lo que implica de ellos que sean misioneros, testigos vivos del Evangelio, evangelizadores con espíritu, llenos de vocación y entrega a la tarea que la comunidad cristiana les confía. Catequistas sin miedo a salir a las periferias catequéticas. Catequistas en salida, abiertos al mundo, capaces de acoger, escuchar, discernir, integrar y acompañar, los diferentes procesos e itinerarios de Iniciación en la vida Cristiana, como nos enseña el papa Francisco en *Evangelii Gaudium*, *Amoris Laetitia* y *Fratelli Tutti*. Catequistas cuya vida cristiana se centra en el domingo (día del Señor) y su vida litúrgica, en el que se reúne, con toda la comunidad, para escuchar la Palabra, celebrar la Eucaristía y ayudar a quien lo necesita, como modo de realizar su vocación universal a la santidad (*Gaudete et Exultate*).

Preguntas para la reflexión

1ª Pregunta:

¿Qué catequesis necesitan los hombres y mujeres de hoy (niños, jóvenes, adultos) para poder llegar a un conversión inicial de la fe que lleve a un encuentro personal con Jesucristo y su inserción en la comunidad cristiana? ¿Qué modelo de catequesis necesitamos en estos momentos?

2ª Pregunta:

¿En qué aspectos debería concretarse la vocación y misión del catequistas, ante los nuevos retos y desafíos

que la catequesis plantea en la hora actual en la que vivimos?

3ª Pregunta:

Esta claro que nos encontramos ante un nuevo paradigma para la catequesis y el catequista, ¿cuál debería ser el perfil que se debería exigir a todo cristiano laico que quiera ser catequista?

Bibliografía consultada

- Juan Pablo II; «CATECHESI TRADENDAE»; editorial San Pablo , Madrid 1995.
- Francico; «EVANGELII GAUDIUM»; suplemento del Boletín Oficial del Arzobispado, Valencia 2013.
- Congregación para el Clero; «DIRECTORIO GENERAL PARA LA CATEQUESIS»; EDICE, Madrid 2014.
- Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, «DIRECTORIO PARA LA CATEQUESIS»; EDICE, Madrid 2020.
- Provincia Eclesiástica Valentina; «LA INICIACIÓN CRISTIANA», Valencia 2019.
- Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, «LA CATEQUESIS DE LA COMUNIDAD», EDICE 1985.
- Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, «EI CATEQUISTA Y SU FORMACIÓN», EDICE, Madrid 1985.



LA FAMILIA CRISTIANA

1

LA FAMILIA COMO SUJETO DEL PRIMER ANUNCIO DEL EVANGELIO

La familia es el primer ámbito educativo de las personas y, por tanto, el que tiene mayor influencia en la formación y desarrollo de la personalidad humana. Desde la perspectiva cristiana, en la familia se produce el primer anuncio del Evangelio y el que marcará más profundamente las vivencias y valores de la fe cristiana de los niños.

Una primera característica de este primer anuncio es que actúa por ósmosis: lo que capta el niño no son conceptos ni ideas, que aún no puede entender, sino comportamientos y vivencias. Así, es importante que el niño vea que sus padres se quieren, que rezan, que ayudan a los pobres; que aprenda a aceptar las correcciones a su egoísmo innato, que experimente la novedad de ese otro hogar que es el templo...

Otro aspecto fundamental y determinante de este primer anuncio es la transmisión de las primeras oraciones en fórmulas sencillas y repetitivas, que comenzarán oyendo y poco a poco irán repitiendo. Conviene que estas oraciones tengan tres destinatarios principales: el Padre del cielo, el niño Jesús y la Virgen María. Y que tengan dos objetivos claros: manifestar mi amor a los que me aman primero, y segundo, pedirles que me ayuden. Esta enseñanza primaria de la oración se puede completar con invocaciones al ángel de la guarda y al santo o santa cuyo nombre lleva el niño.

Otro aspecto también importante de este primer anuncio es la introducción en la comunidad cristiana. Hay que llevar a los niños al templo, aunque a veces molesten, y que experimenten que tienen otra familia más grande y un hogar muy distinto del habitual. Conviene aprovechar el valor educativo de las imágenes, de los gestos litúrgicos, de los cantos...



Y, naturalmente, este primer anuncio culmina con la incorporación a la catequesis que precede a la Primera Comunión. Es muy importante que los padres se impliquen seriamente en esta catequesis, siguiendo sus pasos, ayudándoles a comprender, colaborando activamente en la labor de los catequistas. Y conviene también que se impliquen en la preparación a los dos sacramentos que los niños van a recibir por primera vez, y que jalonarán toda su vida cristiana: la Confesión o Penitencia y la Eucaristía o Comunión.

Pero el primer anuncio de la fe en la familia tiene aún otro reto, quizá el más difícil: el acompañamiento durante la adolescencia. En esta época se juntan el primer despertar sexual, la pérdida de confianza en los padres, los problemas de sociabilidad, que llevan casi siempre a una crisis de la fe recibida. En estas circunstancias, el anuncio de la fe sólo puede ser eficaz si se hace ofreciendo confianza y comprensión, y sabiendo transmitir que Dios no es nunca un enemigo, sino el mejor amigo. Y este último paso del primer anuncio debe invitar a la recepción del sacramento de la Confirmación, pero no ya como una imposición, que sería contraproducente, sino como una oferta a acoger libremente.

2

LA FORMACIÓN PARA LA FAMILIA

Tradicionalmente se ha funcionado con la convicción de que no se necesitaba una formación especial para fundar y vivir la familia. Se consideraba como algo natural. Pero la verdad es que la familia ha sido siempre una fuente de problemas, conflictos y sufrimientos. Pero se procuraban ocultar las crisis. La novedad actual es que los problemas afloran y muestran toda su virulencia. Hoy hay muchas familias que se rompen. Se impone, pues, una formación para crear y vivir en familia.

El matrimonio y la familia constituyen la realidad humana más primordial y fundante. Porque Dios, que es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión de personas, creó al hombre a su imagen y semejanza, como varón y mujer llamados a amarse mutuamente



y a procrear. Pero, como relatan los primeros capítulos de la Biblia, el matrimonio creado como ámbito de amor y de entrega mutuos, pronto fue pervertido por la voluntad libre del hombre, que lo convirtió en fuente de conflictos y de dominio de uno sobre el otro. Por eso hizo falta otra intervención de Dios para sanarlo y reconducirlo a su función primigenia. Esto es lo que realizó la obra redentora de Jesús, que fundó el sacramento del matrimonio como signo eficaz de su propio amor por la Iglesia y como fuente de sanación del amor de los esposos. La gracia de este sacramento vuelve a convertir la convivencia conyugal en ámbito de entrega generosa y total, sanado de las tendencias egoístas que pervierten el amor.

Pero, para recibir la gracia del sacramento del matrimonio, es necesario convertirse al amor que expresa y concede este sacramento. Y aquí es donde descubrimos la necesidad de una formación adecuada, que haga posible esta conversión y la recepción eficaz de la gracia sacramental.

La primera formación, y la más eficaz, es la experiencia que viven los hijos en el amor mutuo y entrega de sus padres, y en su dedicación a ellos. Aunque no se sea plenamente consciente de ello, la mejor escuela del amor es siempre la convivencia familiar. Pero, por desgracia, no todos pueden gozar de una familia fundamentada y regida por el amor mutuo. Y, además, no siempre los hijos saben valorar y descubrir el amor familiar del que han nacido. Por eso, la comunidad cristiana necesita crear cauces de formación específica que faciliten la vivencia del amor conyugal.

Desde hace bastantes años, la comunidad cristiana ha procurado esta formación mediante los llamados “cursillos prematrimoniales”. Sin duda han servido a muchas parejas de novios para prepararse mejor a la recepción del sacramento. Y, por eso mismo, vale la pena mantenerlos e intentar mejorarlos. Pero estos “cursillos prematrimoniales” tienen el peligro de llegar tarde, cuando las parejas ya están configuradas desde esquemas que no son siempre evangélicos, y además, se celebran en unas fechas en que las preocupaciones de los novios son de otra índole e impiden la asimilación adecuada.

De ahí que la formación y la preparación para el matrimonio conviene que comience mucho antes. Es decir, que se conviertan en un



tema central de la pastoral de adolescentes y de jóvenes. Es en estas edades en las que se ha de impartir una educación sexual adecuada y una formación para el amor y la entrega.

3

EL ACOMPAÑAMIENTO DE LOS MATRIMONIOS

La educación cristiana para vivir la familia no se puede limitar a las actividades anteriores a la celebración del sacramento. La complejidad, sobre todo hoy, de la vida familiar, necesita de cauces permanentes de reflexión sobre los problemas de las parejas y de las familias. Las comunidades cristianas han de tener la creatividad de organizar jornadas y encuentros para padres, para jóvenes, para abuelos. Y hay que destacar la labor importante que desempeñan los distintos movimientos de matrimonios, en vista a una formación permanente. Entre los movimientos y servicios que actualmente trabajan por el matrimonio y la familia en Valencia, encontramos, entre otros: “Equipos de Nuestra Señora”, “Encuentro Matrimonial”, “SE-PAS”, “Retrouvaille”, “Amor Conyugal”, “Familia Albertiana”, “Verbum Dei”, “Focolares”, “CVX”.

Por otra parte, la compleja problemática que viven hoy muchas parejas cristianas, aconseja que las diócesis cuenten con gabinetes técnicos de consulta, dirigidos por buenos psicólogos y sacerdotes expertos, que ofrezcan ayuda en las múltiples dificultades de todo tipo que pueden experimentar las parejas cristianas.

Y no podemos dejar de mencionar una última exigencia de la pastoral familiar en nuestros días. Hoy abundan los cristianos que han roto su matrimonio canónico y viven una nueva relación puramente civil. Muchos se siguen sintiendo cristianos, pero tienen la impresión de haber sido expulsados de la comunidad. Debemos demostrarles que esto no es así, que este sigue siendo su hogar. Y para eso sería conveniente ofrecerles algunas convocatorias que les hiciera vivir que esta es su casa, y darles pautas para seguir viviendo como cristianos.



4

LA FUNCIÓN DE LA FAMILIA EN LA SOCIEDAD

La familia es la célula primera y vital de la sociedad, porque constituye su fundamento y alimento continuo mediante su función de servicio a la vida. De ahí que la familia, en virtud de su naturaleza y vocación, lejos de encerrarse en sí misma, se abra a las demás familias y a la sociedad, asumiendo su función social.

La primera y fundamental aportación de la familia a la sociedad es su misma experiencia de comunión y de participación. La promoción de una auténtica y madura comunión de personas en la familia, se convierte en la primera e insustituible escuela de socialización, ejemplo y estímulo para las relaciones comunitarias más amplias.

De cara a una sociedad que corre el peligro de ser cada vez más despersonalizada y masificada, la familia posee y comunica energías formidables, capaces de sacar al hombre del anonimato y de insertarlo activamente en el tejido de la sociedad.

Las familias, tanto solas como asociadas, pueden y deben dedicarse a muchas obras de servicio social, especialmente en favor de los pobres y de todas aquellas personas y situaciones a las que no logra llegar la asistencia de las autoridades públicas.

La función social de las familias está llamada a manifestarse también en la forma de intervención política, es decir, de procurar que las leyes y las instituciones del Estado no sólo no ofendan, sino que sostengan y defiendan positivamente los derechos y los deberes de la familia.

La Iglesia, con el debido respeto por la diversa vocación del hombre y de la mujer, debe promover, en su seno y en la sociedad, la igualdad de derechos y de dignidad entre ambos sexos. Y, por desgracia, debe seguir luchando contra todas las ofensas a la dignidad de la mujer y las distintas discriminaciones que encuentra en la educación, en el trabajo y en la profesión.

Por último, la Iglesia debe ayudar a descubrir y a valorar los cometidos de los ancianos en la comunidad civil y eclesial, en particular



en la familia. Y evitarles formas inaceptables de marginación, que son fuente de agudos sufrimientos para ellos y de empobrecimiento espiritual para las familias, para la sociedad y para la misma Iglesia.

Preguntas para la reflexión:

- 1. ¿Realmente somos conscientes que la familia es el primer ámbito educativo y tiene mayor influencia y desarrollo en la personalidad, o por el contrario hacemos dejación de funciones en otras personas, abuelos, o en otras entidades, centros educativos, etc.?**
- 2. ¿Qué cauces de “formación específica” necesitaría crear la comunidad cristiana para facilitar la vivencia del amor conyugal?**
- 3. ¿Cómo acompañar a parejas o familias en dificultades, crisis, separaciones, para que, aunque sintiéndose heridos pero a la vez cristianos, no se sientan abandonados o apartados?**



EDUCACIÓN

En el mundo actual, no podemos obviar que la educación más va allá de la familia y de los contenidos transmitidos en el ámbito educativo. El deporte, el arte, la música, la tecnología y el juego son herramientas muy potentes en el proceso formativo de nuestros niños y jóvenes. Apuntar hacia nuevos lenguajes que susciten emociones, capacidad de encuentro, de integración y configuración de la identidad es un horizonte educativo que no se puede ignorar porque todos educan. Abrir las fronteras de los contenidos impartidos en los propios centros educativos y aprovechar estos espacios como recursos pastorales puede ser una gran oportunidad para nuestros alumnos.

PRIMER ANUNCIO EN LOS CENTROS EDUCATIVOS

Tanto los centros educativos vinculados a las parroquias y actualmente integrados en la Fundación de Colegios Diocesanos como los colegios de las Escuelas Católicas, surgen en nuestra sociedad como respuesta a una necesidad de formación, una educación adecuada que ha permitido la promoción humana e intelectual de tantas generaciones. Hoy nuestros colegios aún son reconocidos y elegidos por una mayoría de padres, por la calidad y excelencia de la educación que en ellos se recibe. Es cierto que nacen en una sociedad que era fundamentalmente cristiana, con lo que la mayoría de los alumnos ya habían recibido en sus familias un conocimiento de la fe expresada y vivida. La situación hoy ha variado sustancialmente. Además, hemos de considerar dos tipos de planteamientos: uno es que padres, alumnos e incluso profesores sean sujetos receptores de ese primer anuncio; y otro es que los alumnos, padres y profesores que tienen una fe viva y activa puedan ser promotores y sujetos activos de ese primer anuncio. Ambas perspectivas deben cuidarse y acompañarse, si bien el hecho de centrar el primer anuncio en los alumnos es de sumo interés. La mayoría de ellos no conocen los contenidos básicos de la revelación cristiana y no tienen noticia concreta acerca de Jesús de Nazaret, de su Evangelio y de su actuación salvífica en favor de cada persona. Eso supone un nuevo reto y desafío para nuestros



centros educativos porque consideramos que una educación no es completa si no aborda todas las dimensiones de la persona, también la religiosa. Por eso, los colegios han de ser lugares adecuados para que se produzca un primer anuncio de la fe.

En la sociedad actual, hay una crisis generalizada de compromiso y de vínculos. Nuestra tarea es lograr que los alumnos sean “callejeros de la fe” y lleven la Buena Noticia a cada rincón. Son numerosas y diversas las acciones que en las escuelas y universidades se pueden desarrollar para dar a conocer a Jesús. Este conocimiento intenta suscitar una respuesta personal que se concrete en la opción por el seguimiento. De ese modo, “el primer anuncio debe provocar también un camino de formación y maduración” (EG, 160). Esto es responsabilidad de toda la comunidad educativa (padres, profesores, alumnos, personal no docente) y, por tanto, no puede relegarse únicamente a las capellanías o departamento de pastoral en cuestión. Es una tarea muy novedosa, para la que tal vez no hemos sido formados o no nos sentimos bien preparados, pero que pide nuestra mayor dedicación y creatividad. Aunque el empeño es importante, los frutos pueden mejorarse. En este sentido, las propuestas homogéneas no son muy acertadas porque no acogen la diversidad que está presente en la vida de cada estudiante. Utilizamos signos y símbolos como recursos potentes, pero en ocasiones carecen de comprensión para nuestros alumnos. Exige personalización y adecuación al lenguaje significativo de ellos.

Además, proponemos participar en espacios que “despierten” el encuentro con Jesús, como es el caso de proyectos de acción caritativa y social. Estos no siempre trascienden la mera sensibilidad o exaltación emocional, haciéndolos inconsistentes.

Y, aunque hay jóvenes que asumen un compromiso cristiano activo, otros únicamente participan de modo esporádico en acciones de primer anuncio sin generar un impacto significativo en sus vidas. Hemos de mantener vivo el deseo del anuncio de Jesús Maestro a todos los alumnos, sin exclusión.

El don de la fe es fundante y fruto de un proyecto discernido. Ser portadores de la Buena Noticia es motor de alegría en nuestra vida y nos hace servidores de este don. El kerygma debe respetar la



libertad y no basarse en una mera imposición. El amor de Dios y la lógica de la Salvación no puede vivirse como obligación moral y religiosa. Diálogo, paciencia, gratuidad, acompañamiento, crecimiento y acogida incondicional son rasgos del que anuncia a Jesús. No solo importa a quién anunciamos, sino cómo lo hacemos. Utilizar fórmulas aprendidas resulta estéril. Un caminar seguro implica aceptar en los chicos procesos lentos, pero alentando la búsqueda con hondura, acogiendo sus dudas y preguntas. “La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción” (EG 14)

El primer anuncio implica proponer un modo de ser y existir con sentido, una antropología fundamentada en la trascendencia y en la esencia de lo que somos y nos define.

Algunas acciones a valorar:

1. Desarrollar actitudes que permitan llevar el mensaje de Jesús a nuestros alumnos, incluso en una conversación informal. Escuchar y acoger sus miedos, esperanzas e inquietudes son oportunidades para ofrecerles un encuentro con Jesús.
2. Programar y proponer proyectos explícitos para nuestros centros educativos para dar a conocer la persona de Jesús y su Evangelio. Por ejemplo: “Jesús te conoce... ¿conoces tú a Jesús?”. Un proyecto que incluya exposiciones de imágenes, películas, presentación de los evangelios, planteamiento de la cuestión del Jesús histórico...
3. Promover gramáticas y lenguajes comprensibles. Los jóvenes, junto a experiencias de caridad desde el servicio, son especialmente sensibles a determinados lenguajes como es el artístico y musical (ChV, 226). También, a propuestas contemplativas con el estilo y modalidad adecuada (ChV, 224). Conectar con expresiones que acerquen a la verdadera belleza son una oportunidad de apertura al don de la fe, siempre que tracen un itinerario de acompañamiento que trascienda la mera sensibilidad afectiva. Dichas experiencias tienen que afectar integralmente a todas sus dimensiones: afectivas, volitivas, cognitivas, conductuales y espirituales.



Conectar directamente con el corazón del alumno ayuda a unir la idea con la realidad.

4. Propiciar un acompañamiento y cuidado discernido que permita el encuentro con Jesús. Esto implica conocer procesos de personalización como la comprensión, la espera, la ausencia de juicio moralizante, etc.
5. Redescubrir la fuerza de los signos y los símbolos desde la creatividad en las propuestas. Apelar al “siempre se ha hecho así” ya no sirve.
6. Generar espacios que conecte dimensión subjetiva y objetiva, es decir, la experiencia interior junto a una mirada sobre la realidad y la vida cotidiana.

MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA ESCUELA.

HACIA UN PROYECTO EDUCATIVO EVANGELIZADOR

Los tiempos inciertos de la sociedad presente inciden significativamente en cada una de las dimensiones de nuestros estudiantes: cognitiva, afectiva y también, espiritual. Estas se desarrollan, pero en muchas ocasiones, el espíritu relativista vigente hace que no lo hagan de manera armónica. Desarraigo, materialismo y división son señas de la cultura actual, cuya visión antropológica descansa en una cultura subjetivista que exalta aspectos autorreferenciales y ego-céntricos.

No hay que olvidar la función genuina de la escuela como transmisora de conocimientos básicos y actitudes esenciales. Su misión primera es formar ciudadanos responsables al servicio de la sociedad. Esto implica también un aprendizaje instrumental que capacite para el desempeño de oficios o profesiones que respondan tanto a tareas tradicionales como a los nuevos trabajos que aparecen en nuestra sociedad. La actualización de los saberes, la innovación metodológica y la creatividad deben estar presentes en nuestros centros educativos.

Aunque sabemos que lamentablemente no es una postura generalizada, parte de las familias que eligen para sus hijos un cen-



tro católico lo hacen porque esperan que reciba una educación que cuide la dimensión espiritual y que eduque desde una antropología cristiana. Esto implica una visión integral que tenga presente las virtudes y los valores personales, relacionales y trascendentes que construyen un humanismo solidario. Los centros educativos católicos no surgen únicamente para dar respuesta a una demanda educativa, sino para promover la educación integral de los alumnos, incluyéndose de manera significativa la misión evangelizadora de los mismos. Evangelización y promoción humana caminan juntos para educar en un compromiso compartido que promueva libertades responsables, que ayude a vivir la libertad como don infinito y que eduque en la conciencia de que somos hijos de un mismo Padre.

La misión evangelizadora de la escuela debe traducirse en acciones concretas y reales. Asumir el reto de transmitir con autenticidad la pasión por el Evangelio como comunidad educativa conlleva creatividad y renovación tanto de métodos como de formas de expresión.

La escuela católica acoge a la persona en su dimensión más plena. Su vertiente evangelizadora incluye introducir, guiar y ayudar a sostener el encuentro con Jesús. La propuesta cristiana siempre es nueva, así debe transmitirse e incorporarse en la comunidad educativa. La escuela debe ser transmisora de valores que contemplen el sentido de una Verdad inclusiva y trascendente para que sea una comunidad que cree y espera, que ama y que está reunida en nombre de Jesús.

Se trata de educar para el habitar, enseñando a los alumnos a sentir la alegría de la Palabra, de dar, de escuchar y de compartir. En definitiva, de comprender el mundo desde una mirada nueva que desplace lo superfluo y mundano para dar paso a la presencia del Señor en sus vidas. Es el mejor regalo que pueden hacer las escuelas católicas a los alumnos: una educación que les ayude a profundizar y a construir hacia dentro, a gestionar sus sentimientos y deseos, a aprender el arte de discernir y, sobre todo, provocar un encuentro con Jesús, que marque sus vidas y les ayude a orientarlas desde el servicio generoso y el amor gratuito.



Algunas acciones a valorar:

1. Proponer acciones que incorporen a las familias a formar parte activa en el proyecto evangelizador y pastoral del Centro.
2. Desarrollar proyectos educativos que apliquen metodologías activas en las aulas (ej. Aprendizaje-Servicio) y que fortalezcan la misión de la escuela.
3. Implicar activamente a los profesores en acciones o actividades evangelizadoras y pastorales concretas, no relegando la responsabilidad a un grupo reducido de docentes o a la capellanía. La identidad de cada uno enriquece la misión evangelizadora del centro.
4. Ofrecer espacios celebrativos de encuentro con Jesús y testimonios, actualizando los lenguajes y los modos de expresión para que, sin perder la esencia del mensaje, sean comprensibles para los alumnos.
5. Vincular los proyectos de voluntariado y acción sociocaritativa de la escuela con los elementos claves de una evangelización intencional, es decir, considerando objetivos concretos y actuaciones planificadas.

IDENTIDAD CRISTIANA DEL EDUCADOR.

PERSPECTIVA SOCIAL DE LA EDUCACIÓN

Cuando nuestra Iglesia Diocesana plantea a toda la comunidad cristiana, y dentro de ella de modo especial a los laicos, el envío a vivir la tarea educativa como “lugar” de experiencia y de comunicación de la fe, quiere abarcar en su mirada a todos los educadores, a aquéllos que realizan su misión en los centros de inspiración cristiana y aquéllos que viven su identidad cristiana y su misión evangelizadora en las instituciones públicas y de iniciativa social.

Dentro de las peculiaridades de uno u otro tipo de institución educativa existen rasgos comunes que configuran la tarea del educador cristiano, que experimenta en su vida la Buena Noticia del Evan-



gelio y siente la urgencia de comunicarla. El educador cristiano hace suyo el envío de la Iglesia a “alcanzar y casi trastornar mediante la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, la línea de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con su plan de salvación” (ChL, 44). Esto se manifiesta en el modo de concebir la educación, en su capacidad de establecer puentes entre la fe cristiana y el conocimiento humanístico y científico, en sus cualidades de relación y de gestión educativa, con toda la preparación y creatividad que esta cualidad humana y profesional requiere.

En nuestra sociedad de fuerte confrontación cultural, de diversidad de cosmovisiones y concepciones antropológicas, de fuerte controversia en las finalidades de la educación, el educador, especialmente el que realiza su misión en las instituciones públicas, necesita de instrumentos de soporte, de cauces que propicien el intercambio y la reflexión, y fortalezcan la experiencia del apoyo comunitario a su misión. Al mismo tiempo, puede contribuir con su experiencia de la fe vivida en condiciones de intemperie, a la permanente reflexión que necesita una *Iglesia en salida*.

El perfil del profesorado en nuestros centros educativos se caracteriza por mantener una alta preocupación por su capacitación y por su carrera académica. Son muy exigentes a nivel profesional, pero esto no es suficiente para un profesor cristiano. La tarea del educador trasciende las propias exigencias curriculares establecidas por el sistema educativo laico. No sólo debe programar bien, impartir sus clases con calidad o corregir justamente.

La dimensión vocacional que define a nuestro profesorado lleva implícita una interpelación directa al sentido de nuestra actividad docente, es decir, saber para qué educamos y desde qué visión de la persona, del mundo y de la realidad; y también, en qué influye el ser cristiano en la tarea educativa tanto a nivel identitario como comunicativamente.

Hoy, nuestros centros corren el riesgo de responder acríticamente a las demandas de “calidad educativa” establecidas por la sociedad actual y basadas principalmente en los sistemas de calidad



de un “capitalismo cognitivo” que provoca división. Los mecanismos perversos del sistema que promueve la sociedad actual del conocimiento, pueden generar dinámicas individualistas y de descarte entre el profesorado, acompañadas de una falta de conciencia de equipo y de vínculos identitarios débiles. La pertenencia a una comunidad educativa católica coloca al Evangelio como criterio esencial para la labor docente.

Educación en la excelencia implica que el profesorado asuma su misión participando en tareas pastorales y eclesiales por convicción propia, fruto de un encuentro sincero con Jesús. Educar es un ministerio de esperanza y servicio que supone acompañar al alumno en el arte de vivir. No se entiende una vida sin sentido, sin trascendencia y sin Amor. Estamos llamados a descubrir y potenciar lo mejor de nuestros alumnos. Ellos necesitan una calidad de enseñanza que no se concibe sin promover la excelencia de la virtud y la vocación personal.

Los educadores, sostenidos en el amor de Jesús, tenemos que orientar y acompañar personalmente a los alumnos. Educar conlleva ser audaces y creativos, pero también ser magnánimos para discernir lo que Jesús nos dice y así, poder caminar equilibradamente entre la zona de seguridad y de riesgo, tal como explicó el Papa Francisco en su discurso a los estudiantes de las escuelas de los Jesuitas de Italia y Albania en 2013.

En las aulas se premia al fuerte y rápido, y se desprecia al débil y lento. Los profesores hemos de alentar hacia una educación basada en el testimonio, la coherencia y la humanización de procesos. Ser testigo comporta desafío, motivación, acompañamiento y crecimiento. Cuando el educador da testimonio, toma conciencia de que su tarea es tanto educativa como evangelizadora. Ante un mundo en que el prevalece lo fragmentario y el consumismo (también espiritual), es esencial ofrecer certezas básicas apoyadas en la sabiduría cristiana.

Un maestro que quiere hacer de la sabiduría cristiana su principio de vida, acoge el sentido y contenido de su vocación experimentando la presencia de Jesús en su día a día y sabiendo que forma parte de una comunidad impulsada por el Espíritu. De este modo,



pondrá especial atención al clima del aula y de la institución, a las actitudes que asuma y promueva, y al estilo de las relaciones concebidas desde la gratuidad, el cuidado y la generosidad. El docente está llamado a evangelizar porque sólo ofreciendo signos de esperanza y promoviendo el encuentro del alumno con Jesús, se puede provocar un crecimiento humano y espiritual.

Algunas acciones a valorar:

1. Fortalecer la identidad cristiana del educador a través de iniciativas de los centros y de la Diócesis, con acciones formativas dirigidas al desafío pastoral de la educación.
2. Desarrollar en la Diócesis, a través de los cauces adecuados, foros de estudio y de diálogo en los que se integren a educadores tanto de centros de iniciativa social como eclesial; y que permitan reflexionar y elaborar propuestas para orientar a los educadores. Ser activos en los medios de comunicación social.
3. Crear redes entre los centros educativos y las universidades católicas integrando los diferentes saberes y disciplinas. Las redes son un lugar de encuentro y de diálogo que une a estudiantes y docentes en un proyecto de vida con el fin de fomentar la dimensión ciudadana y cristiana.
4. Aprender a integrar armónicamente en el aula los lenguajes de la cabeza, del corazón y de las manos, proponiendo a los alumnos itinerarios pedagógicos de pensamiento y acción que ayuden a crecer en solidaridad, responsabilidad y cuidado, y tengan como ejes básicos el bien común, la dignidad y la fraternidad universal.
5. Cultivar la formación permanente de los profesores para que, manteniendo su profesionalidad y su fe, desarrollen capacidades fundamentales que les permitan realizar acompañamiento personalizado al alumno como la acogida, la escucha, la empatía, la confianza, la comprensión etc.
6. Conocer las implicaciones de la *Laudato Si* y *Fratelli Tutti* en la labor concreta del docente.



CULTURA, PENSAMIENTO, EDUCACIÓN Y DIÁLOGO DESDE LA UNIVERSIDAD

Vivimos un tiempo de crisis global caracterizado por la pérdida de certezas básicas, desarraigo, despersonalización y discontinuidad. Se han olvidado las raíces de la memoria y de la tradición. Los avances tecnológicos afectan a los cambios sociales, culturales y de comunicación; la economía al mercado laboral, al consumo y a las diferencias sociales; el modelo de desarrollo al medioambiente; y el cambio en la estructura social al ser humano y sus relaciones. Predomina el sentimiento, la imagen, la inmediatez, la incertidumbre, la indiferencia y la ley del más fuerte.

La sociedad moderna, arraigada en la secularización y el relativismo moral, sitúa al ser humano ante una humanidad inquieta. El modo de construir vínculos líquidos y de comprender la realidad incide en los procesos de construcción de la identidad personal y colectiva. “En el mundo actual los sentimientos de pertenencia a una misma humanidad se debilitan, y el sueño de construir juntos la justicia y la paz parece una utopía de otras épocas. Vemos cómo impera una indiferencia cómoda, fría y globalizada...” (FT, 30)

Ante esta situación la Universidad, que no es ajena a los problemas sociales, culturales y políticos, debe realizar una tarea profunda de discernimiento que impulse la construcción de una cultura de comunión, que desarrolle el sentido del servicio a la comunidad y comprenda el lugar del hombre en el mundo. “La sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos”. (FT. 12). Cuidar el mundo que nos rodea es cuidarnos a nosotros mismos.

Las instituciones de educación superior están llamadas a impulsar el diálogo con el mundo de la cultura, pensando en términos de comunidad y de amistad social. Poner en valor lo universal implica desarrollar una mirada amplia que no privilegie elementos homogéneos, propios de la cultura dominante, sino que incida en lo pequeño y concreto.

También, “las Universidades son un ámbito privilegiado para pensar y desarrollar este empeño evangelizador de un modo inter-



disciplinario e integrador” (EG, 134). La esencia evangelizadora de la universidad supone responder a la sed de Dios que tienen muchos jóvenes en la sociedad actual. Es un reto porque, ante la diversidad cultural presente, la propuesta cristiana no es la única que genera sentido en ellos. La misión evangelizadora universitaria implica afrontar nuevos desafíos culturales que respeten las diferentes sensibilidades y recuperen el sentido de una verdadera comunidad fraterna.

La Universidad, atendiendo a su responsabilidad, está llamada a construir una civilización del amor y una cultura de la vida, generando en los jóvenes estilos de actuación que les permitan transformar la sociedad desde el humanismo cristiano y la Doctrina Social de la Iglesia.

Algunas acciones a valorar:

1. Acompañar y fortalecer la riqueza que existe en los Centros Universitarios. Encontrar nuevos procesos de evangelización de la cultura. El subjetivismo relativista y el consumismo han desplazado al diálogo familiar, al acompañamiento pastoral y a la acogida incondicional, produciéndose así una ruptura en la transmisión generacional de la fe cristiana. “Es imperiosa la necesidad de evangelizar las culturas para inculturar el Evangelio” (EG, 69), tendiendo puentes con la cultura de la sociedad actual.
2. Generar espacios de responsabilidad fraterna, de escucha, de diálogo real con las diferentes formas culturales que ayuden a promover un pacto cultural (FT 219-221), acogiendo y respetando las diferentes cosmovisiones que coexisten en nuestra sociedad.
3. Proponer actividades que den a conocer la riqueza y el patrimonio tanto artístico como musical de la iglesia y que respondan a la fragilidad del sentido, a la vulnerabilidad de las ofertas culturales y a la debilidad de los vínculos comunitarios. “No podemos separar la formación espiritual de la formación cultural. La Iglesia siempre quiso desarrollar para los jóvenes espacios para la mejor cultura”. (ChV, 223)



4. Fortalecer la presencia pública de las universidades católicas, desarrollando en las aulas experiencias de innovación educativa “en salida”.
5. Promover una cultura del encuentro que recupere la idea de persona, su dignidad y carácter relacional a través de iniciativas culturales intergeneracionales y favoreciendo la transdisciplinariedad (VG, 4).
6. Concienciar a la sociedad de la irrenunciable dignidad de la persona humana y protegerla en los momentos de mayor fragilidad (concepción, nacimiento, educación, situaciones de vulnerabilidad, enfermedad, muerte). Generar una actitud de defensa de la vida, apoyada en esta dignidad, frente a la cultura de muerte que instrumentaliza y materializa al ser humano.

Preguntas para la reflexión

1. **¿Está respondiendo la Iglesia a los nuevos desafíos educativos?, ¿Cómo?, ¿Cuáles son a tu juicio los más importantes: la falta de interioridad, la falta de trabajo, la falta de motivación, la falta de sentido, la falta de propósitos o metas en la vida, la soledad...?**
2. **¿Qué hemos dejado de hacer los profesores o maestros cristianos y consideras que podríamos haber hecho?, ¿Hemos hecho examen de conciencia de lo que nos falta?, ¿Estamos ante una cultura de la autosatisfacción y contentos con lo que hay?**
3. **¿Cómo participamos de las tradiciones culturales y de sentido de nuestro entorno?, ¿somos generadores de cultura o simples consumidores?, ¿Qué podemos hacer los educadores cristianos para crear cultura, crear lenguajes, crear obras y mostrar con signos y sentidos que damos testimonio del resucitado?**



CARIDAD

1. *Los principios de la Doctrina Social de la Iglesia*

“Dijo Jesús a sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una vela para meterla debajo del candelín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa. Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre, que está en el cielo” (Mt. 5,13-16)

El laico cristiano está llamado por Dios a cumplir la misión evangelizadora, participando activamente en la vida de la Iglesia. A los laicos se les confía, en comunión con todos los demás miembros del pueblo de Dios, una gran parte de esa responsabilidad, señalando entre los ámbitos de intervención, la promoción de la dignidad de la persona, la caridad y la centralidad del hombre en la vida económica-social.

La Iglesia nos propone construir la “civilización del amor”, siendo la solidaridad el principio básico para la construcción de una nueva sociedad basada en el amor y en la superación del individualismo y el egoísmo. Creceremos como cristianos, como discípulos y testigos en la medida en que nos comprometamos a vivir la fe en todos los ambientes y circunstancias de nuestra vida. El laico tiene su ser inseparablemente unido a su actuar, a su misión de ser fermento en medio del mundo.

El Santo Padre, en la Homilía II Domingo de Pascua, 19 de abril de 2020 nos decía que *“Es tiempo de eliminar las desigualdades, de reparar la injusticia que mina de raíz la salud de toda la humanidad”*.



Este no es el tiempo de la indiferencia, del olvido y la división, sino el tiempo de los cuidados: de nosotros mismos, de los otros y de la creación. Es el tiempo de reconstruir y recrear la cultura del encuentro, el tiempo de aportar esperanza. El Señor nos llama a ser discípulos misioneros, a salir a los caminos y encrucijadas de la historia para convocar a todos, especialmente a los pobres y excluidos.

2. Nuevas pobrezas, nuevos retos

La pobreza es una realidad extendida y persistente. Además de las situaciones de extrema precariedad de quienes padecen una falta total de ingresos, también hay en la actualidad muchas familias con ingresos mínimos y que les dificultan poder cubrir las necesidades básicas y por tanto siguen estando por debajo del umbral de la pobreza y cronificando su situación.

El notable incremento del porcentaje de hogares que no contaban con ningún ingreso es una de las más graves consecuencias que nos deparó el confinamiento y la brusca ralentización de la economía que trajo consigo. Aún hay un considerable 16,4% de hogares que no cuentan con ningún ingreso. Esto significa que cerca de 246.000 personas viven en hogares donde la incertidumbre y angustia vital de no contar con ningún ingreso es una dura realidad que les hace plenamente dependientes de la generosidad de otras personas, instituciones o de las administraciones públicas.

La crisis del COVID-19, de la misma manera que lo hizo la de 2008, ha tenido efectos reseñables sobre personas que nunca antes se habían visto obligadas a acudir a entidades sociales para solicitar ayuda. Esta crisis no ha sido igual para todos, los más frágiles han visto como más rápidamente y más intensamente sus condiciones de vida empeoraban, y en la mayoría de los casos se hundían al perder el empleo que realizaban, los pocos ingresos que tenían. Todas las crisis, y la ocasionada por esta pandemia no es una excepción, evidencian las fragilidades a las que aparentemente nos habíamos acostumbrados. De alguna forma, pone de manifiesto la vulnerabilidad característica de nuestro modelo socioeconómico,



que nos orienta a la atención de las emergencias, distrayéndonos de tratar de resolver cuestiones estructurales.

También estos tiempos de incertidumbre nos han traído nuevos rostros como los de personas que estaban en un espacio de la integración, pero “en la cuerda floja”, sin colchón de resistencia, para los que los vientos de una nueva crisis han tenido fatales consecuencias. Esta “sociedad insegura” representa el 10,4 % de la sociedad de la Comunitat Valenciana, medio millón de personas se han visto repentinamente afectadas por problemas económicos, de alimentación, de vivienda, sanitarios, de empleo...

Además de estos nuevos rostros, también hay muchas personas, 200.000 según el informe FOESSA, que se encuentran en la exclusión más extrema. Son la “sociedad expulsada”, un grupo donde ha tendido a acumularse la exclusión más dura. Las personas que se encuentran en este grupo acumulan multitud de dificultades, que además parecen enquistadas (enfermedades, rupturas familiares, desahucios, trabajo irregular y precario, cortes en los suministros de la vivienda...). Les preocupa únicamente poder sobrevivir día a día, y para las que posiblemente los mecanismos de protección no estén siendo suficientes, o encuentren dificultades de acceso a los mismos.

3. *Fraternidad y amistad social (Fratelli tutti)*

En la Encíclica Fratelli Tutti, el Santo Padre pone de manifiesto que son muchas las sombras que acechan a la humanidad, sumiéndonos en la confusión, soledad y vacío. Vivimos en una paradoja desconcertante, en un mundo cada vez más conectado, más globalizado, pero en el que progreso de esta globalización no tiene un rumbo común; esta humanidad globalizada deja heridos al lado del camino, descartados.

Este tipo de cultura, manifiesta unas contradicciones “que nos llevan a preguntarnos si verdaderamente la igual dignidad de todos los seres humanos, proclamada solemnemente hace 70 años, es reconocida, respetada, protegida y promovida en todas las circunstancias... Mientras una parte de la humanidad viven opulencia, otra



parte de su propia dignidad desconocida, despreciada o pisoteada y sus derechos fundamentales ignorados o violados” (Fratelli Tutti 22)

A pesar de todas estas sombras que envuelven hoy al mundo, el Papa nos invita a que caminemos con esperanza, iluminando estas sombras desde la Palabra de Dios, con la parábola del Buen samaritano, recogida en el evangelio de san Lucas (10,25-37). La sociedad enferma tiene la tentación de desatenderse de los demás, de mirar para el costado, pasar de lado e ignorar. Pero la parábola nos llama a contemplar al buen samaritano, a ser como él, a darnos cuenta que la existencia de cada uno de nosotros está ligada a la de los demás. Nos insta a reconstruir este mundo que nos duele, a promover una comunidad que hace suya la fragilidad de los otros, a no tolerar las realidades de exclusión, a hacernos prójimos, trabajando en pro del bien común.

Jesús transforma el planteamiento de preguntarnos quiénes son los cercanos a nosotros, es decir nuestros “prójimos”: nos llama a volvernos nosotros cercanos, prójimo de todos, incluso de los que están lejos. Se trata de una capacidad de amor universal capaz de traspasar prejuicios, barreras históricas o culturales, intereses mezquinos.

El Papa Francisco nos exhorta a promover el bien común, para nosotros y para toda la humanidad.

Es una llamada a la solidaridad, a pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. Es luchar contra las causas estructurales de la pobreza y la desigualdad, donde nadie debe quedar excluido del desarrollo que tiene que asegurar los derechos humanos, económicos y políticos para todos.

Esta llamada se concreta en:

1. Poner a la persona en el centro de nuestra acción caritativa y social.

El Evangelio coloca en el centro de su mensaje la dignidad de la persona, pero la persona fundamentada en Dios



y abierta a Dios. Esta conciencia de la dignidad de la persona nos da un “talante contemplativo” en nuestra acción. Es más, este talante contemplativo nos hace descubrir y contemplar a la persona como “lugar teológico”. Nos lleva a descubrir en el pobre el rostro del Señor.

2. Lo más importante en nuestra acción es el amor.

La fe nos descubre que lo que salva es el amor, por eso el amor tiene que estar presente en toda acción pastoral.

3. La caridad es una respuesta a la necesidad y al clamor de los pobres.

Necesitamos abrir bien la mirada al mundo en que vivimos, fijarnos en los que sufren al lado nuestro, descubrir los nuevos rostros de la pobreza, escuchar el clamor de los pobres.

4. La caridad implica luchar contra la pobreza y contra las causas que la generan

Nuestra acción a favor del pobre no puede ser solo para tranquilizar nuestra conciencia y seguir manteniendo un orden social injusto. Tiene que ir acompañada de la dosis necesaria de anuncio y denuncia para contribuir en lo posible a la transformación social de nuestra sociedad.

5. La acción caritativa y social requiere una sólida espiritualidad.

Vivir así el ejercicio de la caridad requiere una mística, por eso hemos de estar muy atentos al espíritu que la anima y alienta, pues, la caridad o está fundamentada en el Espíritu y animada por el Espíritu o no es caridad. Sobre nosotros los cristianos recae la responsabilidad de desvelar la bon-



dad de Dios mediante actos concretos de fraternidad real que hagan creíbles nuestra fe.

4. Presencia y testimonio público del cristiano

La Doctrina Social de la Iglesia rescata la llamada de la Iglesia a revalorizar el amor en la vida social a todos los niveles de forma que sea su norma suprema y constante. “Por eso el amor es la forma más alta y más noble de relación de los seres humanos entre sí” (CDSI 582).

El papel del laico cristiano en este ámbito es fundamental. Sin la entrega de tantos hombres y mujeres al ejercicio activo de la caridad, en nuestra Iglesia no serían posibles los innumerables proyectos de promoción, los servicios asistenciales y la denuncia profética que lleva a cabo la Iglesia en todo el mundo.

Estamos llamados a pasar a la acción:

- a **encarnarnos** en esa misma realidad, para compartir desde dentro las duras condiciones, pues se trata de ser solidarios en la experiencia liberadora;
- a **amar**, que se traduce en buscar el bien del otro, poniéndose a su servicio, para sostenerle en la existencia y permitirle el desarrollar sus capacidades personales;
- a **comprometernos** en la eliminación de las causas que generan exclusión y a construir un mundo más justo y fraterno.

La caridad política es expresión del amor civil y político. Ese amor, lleno de pequeños gestos, es también civil y político, y se manifiesta en todas las acciones que procuran construir un mundo mejor. El amor a la sociedad y el compromiso por el bien común son una forma excelente de la caridad.

Partimos del convencimiento de que la caridad política es un deber y una tarea social, pero sobre todo es una exigencia de fe. Como Iglesia diocesana nos sentimos llamados y llamadas a dar testimonio



de la vida de la caridad, por ello queremos responder a los problemas sociales, políticos y culturales de nuestro entorno.

“Debemos inmiscuirnos en la política porque la política es una de las formas más altas de la caridad, porque busca el bien común. Y los laicos cristianos deben trabajar en política.” (Discurso del Papa Francisco el 7-7-2013).

La incidencia política supone la promoción de los valores cristianos, es decir, la opción preferencial por las personas empobrecidas, la promoción de la justicia y la defensa de los derechos humanos, como expresión del amor social.

“Los fieles laicos han de testificar aquellos valores humanos y evangélicos, que están íntimamente relacionados con la misma actividad política; como son la libertad y la justicia, la solidaridad, la dedicación leal y desinteresada al bien de todos, el sencillo estilo de vida, el amor preferencial por los pobres y los últimos.” (Christifideles Laici, n. 42)

Estos son los retos que nos plantea hoy el ejercicio de la caridad:

- Una caridad más transformadora

La caridad no puede ser meramente paliativa, debe ser preventiva y curativa. No solo paliar la pobreza sino erradicar la pobreza. La vida se compone de pequeños detalles y con pequeños detalles se puede transformar y cambiar el mundo.

- Una caridad profética

Con más capacidad de anuncio y de denuncia, y más testimonial. No podemos callar cuando se pisotea la dignidad humana, no se reconocen sus derechos y los seres humanos no tienen las condiciones para vivir con dignidad.

- Que promueve el desarrollo integral

El reto de apostar de manera eficaz por un desarrollo inte-



gral que no se mida únicamente en términos económicos que contemple dimensiones más amplias y profundas, como el desarrollo intelectual, ético, social y también espiritual y religioso.

- Que se construye en comunidad

Necesitamos potenciar la dimensión evangelizadora de la caridad y hacer cada día más visible que la diaconía de la caridad no es algo ajeno a la diaconía de la fe, sino que ambas son dimensiones de una misma realidad: Una Iglesia que es Buena Noticia para los pobres, los sienta a su mesa y se deja evangelizar y transformar por ellos.

Preguntas para la reflexión

- **¿Cómo responder a los retos que se nos plantean como iglesia?**
- **¿Están nuestras comunidades abiertas a la realidad social de su entorno y a nuevas pobrezas?**
- **¿Trabajamos desde un enfoque integral con las personas más vulnerables de la comunidad parroquial o solo damos respuesta a lo que consideramos que puedan necesitar (alimentos, pagos de suministros...)?**
- **¿Qué responsabilidades hemos de asumir como laicos para estar más comprometidos en el mundo?**



AUTORES del DdR

1. ÁREA DE CATEQUESIS

D. Germán Mora Company

– Delegado Diocesano de Iniciación Cristiana y Catequesis.

2. ÁREA DE FAMILIA

D. Miguel Payá Andrés

– Canónigo de la Catedral Metropolitana de Valencia.

3. ÁREA DE ENSEÑANZA

D.^a Yolanda Ruiz Ordóñez

– Profesora de la Facultad de Teología de Valencia.

4. ÁREA DE CARIDAD

D. Nacho Grande Ballesteros y Equipo Directivo de CÁRITAS

– Director de Cáritas Valencia.



COMISIÓN COORDINADORA DEL CONGRESO

- ✓ **D.^a Amparo Estellés** Delegada Episcopal de Apostolado Seglar
- ✓ **D. Eduardo Osca** Presidente del Foro de Laicos
- ✓ **D.^a Chelo Sanz y
D. Carlos Marroquín** Delegados Diocesanos de la Pastoral Familiar
- ✓ **D. Francisco Ros** Consejo Diocesano de Laicos
- ✓ **D. Javier Roig** Delegación de Catequesis
- ✓ **D.^a Yolanda Ruiz** Profesora de la Facultad de Teología
- ✓ **D. Roberto García** Delegación de Enseñanza
- ✓ **D. Ignacio Grande** Director de Cáritas Diocesana
- ✓ **D. Rafael Pérez** Secretario Técnico del Congreso
- ✓ **D.^a Inma Ros y
D. Guillermo Prado** Coordinadores del Congreso
- ✓ **D. Arturo Ros** Obispo Auxiliar
Responsable de la Vicaría para el Laicado y la Acción Caritativa y Social del Arzobispado



ORACIÓN DEL CONGRESO

“Virgen y Madre María,
tú que, movida por el Espíritu,
acogiste al Verbo de la vida
en la profundidad de tu humilde fe,
totalmente entregada al Eterno,
ayúdanos a decir nuestro «sí»
ante la urgencia, más imperiosa que nunca,
de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús.

Tú, llena de la presencia de Cristo,
llevaste la alegría a Juan el Bautista,
haciéndolo exultar en el seno de su madre.
Tú, estremecida de gozo,
cantaste las maravillas del Señor.
Tú, que estuviste plantada ante la cruz
con una fe inquebrantable
y recibiste el alegre consuelo de la resurrección,
recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu
para que naciera la Iglesia evangelizadora.

Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados
para llevar a todos el Evangelio de la vida
que vence a la muerte.
Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos
para que llegue a todos
el don de la belleza que no se apaga.

Tú, Virgen de la escucha y la contemplación,
madre del amor, esposa de las bodas eternas,
intercede por la Iglesia, de la cual eres el icono purísimo,



para que ella nunca se encierre ni se detenga
en su pasión por instaurar el Reino.

Estrella de la nueva evangelización,
ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión,
del servicio, de la fe ardiente y generosa,
de la justicia y el amor a los pobres,
para que la alegría del Evangelio
llegue hasta los confines de la tierra
y ninguna periferia se prive de su luz.

Madre del Evangelio viviente,
manantial de alegría para los pequeños,
ruega por nosotros.
Amén. Aleluya.

Papa Francisco (E.G.)



<https://congresodiocesanodelaicos.org>